

Humanas

Carolina Martínez Vázquez

LES
editorial

Primera edición: octubre de 2022

© Carolina Martínez Vázquez, 2022

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2022

© Yamuna Duarte @yamunadg, ilustración de la portada, 2022

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-82-7

Depósito legal: MU 817-2022

IBIC: FL

Impresión: Podiprint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

*A Silvia Barbeito,
por su amistad y labor de mentora.*

«La verdad nace de la imaginación».

URSULA K. LE GUIN, *La mano izquierda de la oscuridad*.



¿Quieres escuchar la banda sonora de esta historia?

Prólogo

Los hombres comenzaron a morir.

Una oleada los borró de un modo masivo, súbito, devastador. Antes de nacer, sus corazones se detenían en los vientres de sus madres; durante la noche, golpeaban las cunas entre estentóreas convulsiones; y los adultos, olvidaban su identidad y abandonaban sus rutinas diarias, salían de casa en todas direcciones o no salían y pasaban sus últimos días postrados. Los más resistentes, pero privados de los sentidos, el habla y el razonamiento, se golpeaban, caían y arrastraban por las calles hasta que sus cuerpos seguían a sus cerebros dañados.

El fenómeno sobrevino de un modo tan radical que el caos y la desolación cabalgaron por la Tierra durante los primeros días. Ninguna búsqueda activa con satélites, drones y sónares halló rastros o indicios en el planeta de donde provenía el ataque, incluso miraron al espacio dirigiendo potentes telescopios. Nadie podía creer que miles de millones de seres se hubiesen muerto porque sí. Ninguna investigación académica, ninguna especulación peregrina y mística dilucidaron la causa o el agente que había desencadenado el evento. La población mundial se precipitaba hacia una deriva yerma de ideas y esperanza, pero saturada de incógnitas. Ni las teorías del fin de los días, ni el esforzado trabajo de agencias gubernamentales,

policía y ejército, eminentes científicos y médicos lograron hallar el origen o frenar la sangría para mantener a los hombres vivos. Fallecían en un goteo constante e irremisible durante las primeras semanas.

Las madres, esposas e hijas clamaban por una solución que no llegaba. Se agolpaban frente a las instituciones de gobierno despobladas y los centros de culto vaciados. Durante la Oleada, el mundo no halló consuelo ni en la ciencia ni en la religión ni en los órganos de poder.

Esa fue la primera fase.

El cielo, desde Siberia a Tierra de Fuego, se tiñó de una fluorescencia verde, cambiante, eléctrica, vetuada de carmesí y violeta. El día y la noche se fusionaron en el mismo y monótono fotograma temporal. La luz del sol y el resto de los astros hendían la atmósfera y reverberaban con un brillo furioso, abrasador, apocalíptico. Bajaba el caudal de lagos y ríos. Se oteaba la luna más llena y profética en el firmamento. Las mareas vivas barrían las costas. Toda la superficie terrestre, desde las grandes urbes hasta las aldeas más recónditas, se cubrieron de un velo algodónoso que llegaba a ráfagas y sin cesar en todas las direcciones. Se posaba en el suelo. Por acumulación, derribaba tejados. Obstruía las vías de circulación. Bloqueaba la salida de las casas y se posaba en los alféizares de las ventanas. Se colaba dentro de la ropa, se adhería a la piel. Entraba en la boca, en la nariz, en los pulmones. Esa lluvia caliginosa se prolongó durante horas que se convirtieron en días, días en semanas y las semanas en meses.

Fue la segunda fase. Aunque el género humano solo experimentó una mutilación parcial de la población, que afectó solo a los individuos con cromosoma Y en su cariotipo.

No se extinguió ningún otro ser vivo del planeta. Los campos se volvieron más fructíferos bajo el abono constante de la ceniza, los bosques más frondosos y fértiles; el aire se respiraba fresco y neutro, una vez que se retiró el polvo; los océanos, en otro tiempo esquilados, bulleron de vida renovada. Ocurrió en el transcurso de decenios.

No hubo ocasión a que se declarase una gran guerra de competencia por el territorio y los recursos. Los mandatarios de las principales potencias fueron los primeros a los que devoró la Oleada, seguidos por sus ministros y consejeros. Hubo un periodo de anarquía y desorden hasta que se produjo la transición de las supervivientes. Ocuparon las vacantes y no se desplomó la base de la civilización. Estaban centradas en recomponer el orden, asegurar la supervivencia de las más jóvenes y tratar de averiguar qué o quién había desatado la extinción de la otra mitad de la especie. Porque existía el temor de que lo que había ocurrido con los hombres del Viejo Mundo podría afectar a las mujeres.

No se descartó la guerra biológica y transcurrieron muchos años intentando dilucidar una causa orgánica. En cuanto a los fetos con cromosomas XY, logrados mediante técnicas de reproducción asistida, no llegaban a madurar. No abandonaron del todo la investigación y durante años continuaron trabajando en la restitución del orden demográfico anterior al evento.

Las supervivientes se abrieron camino a través de la adversidad, el miedo y la pérdida. Todavía tenían a sus hijas y, por tanto, debían construir un futuro para ellas.

Una nueva religión sustituyó a las múltiples anteriores. Una que ofrecía una visión más prosaica del lugar de las humanas en el universo y, en concreto, un culto más respetuoso hacia las energías de la naturaleza. Sus devotas se hacían llamar las precursoras, y propugnaban la creencia de que el cosmos, en particular el planeta, había desarrollado anticuerpos para defenderse y la consecuencia había sido la extinción de aquellos a los que habían considerado culpables de todos los males que nos habían aquejado. Los habían denominado andreios para diferenciarlos de la nueva especie que había fructificado tras la Oleada. A partir de entonces todas sus acciones y ruegos se dirigieron a tratar de congraciarse con ese frágil equilibrio. Algo que en innumerables ocasiones generaba cruentas tensiones sociales con las partidarias de una explicación objetiva, empírica y menos imaginativa. Se oponían a lo que consideraban un

modo de autoengaño, una forma simplista de llegar al porqué, cuando ni siquiera se dilucidaba el cómo. Se las conocía por las cismáticas. Ellas nunca abandonaron la idea de que existía una explicación plausible y una causa reparable a la Oleada. A pesar de su ahínco científico, el acuerdo consensuado de las dirigentes mundiales prohibió técnicas aberrantes como la clonación de fetos XY.

Las supervivientes envejecieron, nuevas niñas vinieron al mundo y crecieron, pero con el tiempo el material genético disponible en los bancos de fertilidad se agotó. La Humanidad se precipitaba hacia la definitiva extinción hasta que la doctora Boysen halló una nueva técnica de ingeniería genética, con la que se lograron gestaciones efectivas con el único aporte de material cromosómico XX. Nacieron nuevas hijas con el beneplácito de las precursoras y la comunidad científica.

Se abandonó la investigación para restaurar el orden demográfico anterior a la Oleada.

Los andreios, hombres del Viejo Mundo, ya solo pervivían en la memoria literaria y audiovisual como vestigios de una era perdida, al igual que antes, aunque no con tanta distancia temporal, lo habían hecho los grandes reptiles y los primitivos homínidos. Los documentos analizados por las historiadoras no los dejaban en buen lugar. Su paso por la Tierra había legado guerra, destrucción, violencia contra los débiles; así mismo conocimiento, arte y avances científicos, aunque también mucha usurpación. Las precursoras promulgaban que las mujeres habrían llegado también a esos logros en solitario, incluso mucho antes, porque sin ellos habían demostrado que podían crear una sociedad pacífica, igualitaria, respetuosa con el entorno, sin renunciar a los avances tecnológicos.

La industria pesada se había desplazado a la órbita baja del planeta y se comunicaba con la superficie terrestre mediante ascensores espaciales que circundaban la línea ecuatorial del planeta. La Luna había sido poblada y explotada por las multinacionales de la energía nuclear. Se habían instalado las primeras colonias en Marte. Se trabajaba en una misión tripulada a Ío

para la que ya se estaba construyendo una nave internacional en la grada espacial; nanosondas viajaban a una fracción de la velocidad de la luz por el espacio profundo enviando reportes de lo que aguardaba a ser observado.

La doctora Hannah Woolf, la astrofísica directora del proyecto Nuevos Mundos, había estimado que en cincuenta años dispondrían de los medios para enviar una misión robotizada a Alfa Centauri.

I

El primer varón vivo y adulto apareció en Trafalgar Square de un modo meteórico. Al muchacho lo captaron las cámaras de vigilancia en el amanecer del miércoles. Caminaba turbado y errático, con apenas una camiseta y un vaquero, bajo el frío, húmedo y lóbrego cielo de octubre. Se bamboleaba en medio de la agitación en aquel punto bullicioso de la ciudad. Las viandantes iban y venían como autómatas mientras él vacilaba sin rumbo, alzaba la vista hacia los gigantes paneles que pasaban partes de noticias, publicidad y consignas precursoras. Tropezaba con los ojos entornados, como si lo cegasen las luces cambiantes de la civilización al reflejarse en los altos edificios de vidrio. Extendía los brazos con las manos abiertas, imploraba a las transeúntes con balbuceos; estas se apartaban con un rictus de repugnancia o lo ignoraban y pasaban de largo. Al principio lo tomaron por un modelo de robot extraviado; de hecho, tenía todo el aspecto de serlo y de hallarse en modo de fallo por su comportamiento.

Nadie se percató de que se trataba de un ser vivo. No podría haberseles ocurrido. Cada vez se fabricaban mejores modelos de características masculinas con piel y tejidos muy realistas, además de programas de interacción social ultrasofisticados, basados en algoritmos cuánticos en continua adaptación. Los

avances en robótica e inteligencia artificial, junto con la existencia marginal de varones que se identificaban con los antiguos andreios, habían mantenido vivo un concepto vestigial de lo masculino en la mente colectiva. Los androides se empleaban en el servicio doméstico, como asistentes, trabajadores manuales en el sector primario, de la producción o la energía, o se utilizaban para el ocio público y privado. Esto último implicaba que, en la práctica, muchos de ellos se destinaban a actividades eróticas.

En ese momento, en la valla publicitaria que sombreaba la entrada a Charing Cross, desfilaba una secuencia de imágenes que mostraba al mundo la última evolución en inteligencias cibernéticas, desarrollada en la factoría orbital de IdCom. No estaba al alcance de los bolsillos corrientes, pero, con cada nuevo lanzamiento mundial, la cola en sus puntos de venta daba la vuelta a la manzana.

Una alarma saltó en la central de gestión de residuos sintéticos. Emma y su compañera montaron en la electrován y salieron con urgencia a retirar el robot. Causaba alboroto y desperfectos en el mobiliario de la plaza. Por el comunicador, ella y Raven oyeron que una unidad de seguridad ciudadana se encaminaba al lugar como apoyo.

Caía un velo de lluvia perezosa y continua. El día había despuntado plomizo y macilento. Escucharon el parte meteorológico de camino.

—Ni de coña hace seis grados —protestó Emma, que antes de salir al trabajo había revisado el barómetro en la única ventana de su cubículo habitacional en las afueras. Recordaba haber tenido que limpiar la helada con la manga de su abrigo para comprobar el registro y que se oía el rodar crepitante de los vehículos bajando por la calle—. Ya te digo yo si se trata de la segunda pequeña glaciación.

Raven suspiró, cambiando la emisora para escuchar música. Se detuvo en una canción del grupo False Belief.

—¡Qué horror! —Emma alargó los dedos para apagar la radio.

—Creía que te gustaba el estilo *destroy*, pega mucho contigo —sonrió.

—¿En serio? ¿Lo dices por esto? —Estiró un mechón de su melena albina hacia ella.

Raven se encogió de hombros y continuó hablando.

—Prefiero lo suave. —Emma curvó los labios con una insinuación y una mirada que duró más de lo necesario.

Raven se recolocó en el asiento y el silencio entre ellas se volvió denso, extraño, incómodo.

A Emma le gustaba la chica nueva por muchos motivos. Tenía sentido del humor, era inteligente y se recogía el pelo en una cola alta. Le encantaba la pelusilla fina que, pegada a su nuca, se torcía y rizaba como una hiedra cobriza. La mortificaba un apetito insatisfecho, una promesa incumplida. Anhelaba pasar la punta de los dedos por esa porción mínima de piel, recorrerla con la boca y llegar a la de ella. La aprendiz parecía obviar la tensión, a ratos con timidez y a ratos con ironía.

Recién salida de la academia preparatoria, se la habían asignado para que la instruyese como a tantas otras antes. El premio a diez años de veteranía en la sección de recogidas consistía en la posibilidad de flirtear con nuevas caras. Nunca se había propuesto ascender, le habría complicado mucho desarrollar sus artes de conquista. Las novatas sentían un miedo reverencial a las superiores y se aprovechaba de eso. En contra, le hacía un flaco favor el saltar de una chica a otra. Se había divulgado la idea de que era una solterona redomada, aunque en su fuero interno aún aspiraba a encontrar una compañera y salir de la comuna de solteras. El Estado les asignaría una vivienda familiar con los estándares legales para una pareja y, cuando estuviesen de acuerdo en dar el siguiente paso, solicitarían una licencia de reproducción. Se consideraba muy tradicional. Deseaba una familia, asistía a las conferencias semanales de doctrina en la gran catedral, repartía octavillas y se apuntaba a las movilizaciones; no era ninguna *destroy*, ninguna cismática ni antisistema, más bien todo lo contrario.

—La mañana estaba siendo muy tranquila. —Raven rompió el silencio con énfasis y las mejillas todavía cárdenas, aunque no a causa del frío ambiental—. Casi aburrida. ¿Verdad?

—O el mes —puntualizó con desdén—, o el año... — La renovación masiva y por ley de los androides de compañía y servicio había disminuido su trabajo. Sobrevendría una inevitable reducción de plantilla, al igual que en otras reconversiones anteriores. No temía. Confiaba en la administración. Cuando buena parte de las programadoras humanas habían sido sustituidas por modelos de procesamiento cuántico, singularizados y autointeligentes, se les había encontrado una nueva utilidad acorde con sus características. No se desamparaba a nadie.

Al detener la electrován, Raven fue a la parte de atrás con determinación. Se unió a ella con lentitud. Tomó el chubasquero que le ofrecía, se lo agradeció con una sonrisa. Su aprendizaje se vistió con el suyo en absoluto silencio y con una mirada esquiva.

—Dentro de dos meses se celebra la Noche de las Hogueras. —Se colocó el cuello.

—Bien. —La novata se cerró los velcros.

—Antes habrá una homilía en Westminster. —Ladeó la cabeza. Raven no compartía su fe precursora, pero se le daba bien captar nuevas creyentes.

—Lo sé. —Con un rictus de resignación, Raven cargó la mochila de herramientas al hombro, accionó el cierre y salieron para internarse en la plaza en dirección norte.

Por una vez no quería sonar demasiado directa y poco sutil en cuanto a sus verdaderas intenciones. De todos modos, valoró que invitar a una muchachita a un evento religioso no parecía el mejor modo de cortejarla.

Localizaron la máquina a unos metros. Se encaminaba a la columna de Nelson, mirando a un lado y a otro de manera nerviosa.

—¿Qué hace? —Chascó la lengua. Su pregunta se volvió retórica cuando aceleraron el paso. Le dio el alto, acariciando el cierre de seguridad de la funda de su neutralizador.

—Tranquila, gatillo fácil. —Raven estaba sacando la consola de su mochila—. Me conectaré a su procesador. —Movi6 con agilidad sus finos dedos sobre la pantalla.

El robot las observ6 durante unos segundos. Emulaba a la perfecci6n una emoci6n humana, de verdad parec6a perdido.

Emma repiti6 la orden con rudeza, sin embargo, no obedeci6 al mandato de entregarse. De hecho, recorri6 con grandes zancadas la distancia que le quedaba hasta el monumento y se agazap6 detr6s de uno de los leones de bronce.

—No trates de esconderte —rio con sorna—. Ay, qu6 aburrimiento, siempre se van. —Cabece6—. Todav6a me duelen las piernas de hacer una ruta de monta6a el fin de semana. —Se dio unas friegas mientras avanzaban—. No quer6a ponerme a jugar al pillapilla. —Puesto que la hab6a detenido al tocar su arma, no ve6a otro modo de rematar el asunto.

—Demasiado ejercicio. No es lo tuyo, Emma —rio, tecleando con rapidez en la tableta.

—Qu6 sabr6s t6 que es lo m6o. —Le gui6o un ojo—. Pero encantada te ofrezco una muestra, Raven. —Esta se acalor6 un poco, pero dur6 solo un segundo antes de volver a concentrarse en la pantalla. Por su parte, mir6 al frente y arrug6 el ce6o hacia el sujeto que las vigilaba de hito en hito y temblaba en la distancia.

—No s6 que pasa. Vamos a centrarnos —dijo al aparato que sosten6a.

El androide gritaba que necesitaba ayuda, que no sab6a qui6n era ni d6nde estaba.

—Pues no te escapes, chico. Cuando entran en modo fallo no hay quien los soporte. —Se6al6 con la barbilla al veh6culo del efectivo de seguridad que aparcaba junto al South Africa House, al este—. Como siempre, tarde y a rastras. Despu6s se apuntan los m6ritos.

—No se conecta. —Le mostr6 el error del programa en la pantalla—. ¿T6 has visto algo igual?

Emma entrecerr6 los ojos y se frot6 la nuca rapada.

—Vaya. Es posible. —Alzó la vista hacia el robot—. Alguien ha perdido un objeto muy caro. Se tratará de la versión de alguna ricachona. Ya sabes. Pagan un dineral por ediciones limitadas con unos cortafuegos imposibles. ¿Te has fijado? —Curvó la boca de una manera lasciva—. Seguro que tiene el tacto de un melocotón maduro. —Soltó una risotada—. ¿Apuestas qué empresa lo ha fabricado? ¿Te animas? —Aprovechó la distracción de su compañera para desenfundar y activó el neutralizador en modo de baja intensidad. Si se trataba del artículo de lujo de alguien importante, quería ocasionarle el menor deterioro.

—¿Esos no van siempre con un collar identificativo al cuello? —Centró la vista en el sujeto.

—Va... Venga. ¿Juegas? —Emma sonrió y su arma zumbó con la energía que la atravesaba.

—¿En medio de una captura? —Miró la pistola.

—Qué más da. No está intentando huir. Solo berrea. —Se encogió de hombros y apretó los labios.

—Guarda eso —señaló el neutralizador—, no será necesario. Vamos a convencerlo de que se entregue.

—Yo voto por IdCom. —Volvió con la apuesta.

—Qué predecible —se burló—. Solo para que me dejes en paz, voto por Trantex. He leído el último boletín de fabricación. Estoy más informada que tú.

—Si gano yo, sales conmigo a cenar. —Raven parpadeó rápido—. Si ganas tú, pídemelo que te apetezca. —Emma hizo un gesto de saludo a las agentes que tendían un cordón de seguridad. Se sentía muy engreída después de haber puesto sobre la mesa sus intenciones.

—Qué boba eres. Concéntrate en la tarea. —Bajó la vista a la tableta, había cargado la biblioteca de actualizaciones técnicas, había reiniciado el programa y volvía a fallar la conexión con el procesador del robot que tenía justo delante; dentro de rango localizaba a cientos de ellos, sin embargo, aquel parecía invisible, transparente—. Esto no puede ocurrir. De verdad que no puede ocurrir.

—Venga, trae. —Le quitó la consola portátil—. Habrás hecho algo mal. ¿Has cargado las últimas especificaciones antes de salir? —El trabajo administrativo era asunto de novatas.

—Sí. ¿Me tomas por una principiante? —La inclinación del gesto de Emma la hizo moderar el énfasis de su indignación—. ¿Así es como quieres conseguir una cita conmigo? —Cruzó los brazos.

—Perdona. —La miró con ojos de carnero degollado.

En ese momento el individuo echó a correr.

—Maldita sea. —Raven salió tras él, y ella la siguió tratando de apuntar con el arma. Lo persiguieron en círculos unos metros y se unieron las agentes de seguridad. El androide tiró un puesto de venta de rollitos de comida orgánica y saltó dentro de una de las fuentes. Estuvieron a punto de acorralarlo con las policías, pero hizo una finta y salió disparado hacia el oeste. Entonces Emma se envaró en posición de disparo y apuntó.

—Aparta, Raven. —Descargó doscientos voltios en la parte posterior del cráneo del robot, allí donde los manuales internacionales de fabricación ubicaban la CPU, pero muy alejado de la pila atómica y el bloque de memoria.

El sujeto se desplomó entre convulsiones frenéticas y chillidos agónicos. Nunca había observado fundirse el procesador de un sintético de ese modo.

Un olor nauseabundo a carne quemada se propagó por la plaza.

II

El Congreso de Genética Humana Aplicada en Bruselas se desarrollaba con normalidad. A esas alturas ya habían desfilado por el estrado una veintena de expertas en el campo del ADN sintético, entre ellas, eminencias mundiales como las doctoras Milcu, Gahn y, por último, Inken Boysen hija. Disertaban en la gala de cierre del evento sobre los nuevos protocolos en la manufactura de pares de cromosomas mejorados y los límites éticos de su aplicación, el tema polémico y central de la última conferencia.

—... lo que inevitablemente ha llevado a una deriva eugénica de toda la práctica médica. —El champán fresco y recién abierto bullía en las papilas gustativas de Inken. Su atención iba de sus compañeras de profesión al resto de la sala. Hizo un gesto de saludo en respuesta a un grupo de colegas que la señalaron en ese momento. Echó en falta a Seiya.

—¿Qué justifica la inserción de accidentes genéticos cuando son reparables? —planteó Gahn en tono acalorado.

—Diversidad —replicó Inken.

Se habían erradicado infecciones por agentes virales, se habían suprimido dolencias que asolaban la mente y el cuerpo hasta reducirlos a la mínima expresión de dignidad, pero siempre como el resultado de un impulso de la investigación, del

conocimiento y la necesidad. La creación del Banco de Materia Biológica Humana Genuina había planteado aquella discusión moral. Todos los genes defectuosos estaban secuenciados, catalogados e identificados. La mesa redonda de aquella tarde planteaba la cuestión de suprimirlos bajo una decisión única que sobrepasase la legislación de cada país, una praxis universal. Hasta aquel momento, era la pareja a la que se le había concedido la licencia de reproducción la que decidía o no proseguir tras un exhaustivo informe médico. Pero las estadísticas de los centros de fertilidad arrojaban cifras de una innegable tendencia eugenésica.

—Sin duda, se trata de un fenómeno que hay que tener en cuenta —dijo Milcu respecto de los datos de natalicios en la última década.

Seiya acababa de regresar del aseo; se colocó a su lado con una sonrisa social. Se había retocado el pintalabios rojo y bajo las luces de la sala sus ojos castaños brillaban como si estuviesen hechos de agua negra. Se aburría acompañándola a aquellos eventos y durante mucho tiempo había asistido sola.

—Lo califico de inquietante —aportó Inken.

Entonces Seiya le rozó el codo con delicadeza y se inclinó un poco para susurrar.

—¿De qué habláis?

—De la tendencia actual —rodeó su cintura con el brazo para sentirla más cerca— de seleccionar un cariotipo sin ninguna característica anormal o incluso atípica. —Tomó un sorbo de su champán y se fijó en la bebida de su mujer. Necesitaba algo de alcohol para superar esas reuniones. Pensó en la orden y un robot camarero enfiló hacia ellas—. ¿Qué opinas?

Seiya arrugó la frente e hizo un ademán para rechazar la bebida, dejó su copa sobre la bandeja y la máquina se giró para continuar la ronda.

—¿Me preguntas qué pienso de que todo el mundo prefiera una niña perfecta y sin patologías? Vosotras sois las expertas.

—Pero nos interesan las opiniones profanas —dijo Gahn.

—No todo el mundo lo prefiere —intervino Milcu, y todas la miraron—. Hay un porcentaje de un veintitrés por ciento que acepta la combinación resultante del tratamiento.

—Oh... —Se le escapó en tono débil—. Bueno... —Centró la vista en Inken. La conocía bien, se conocían muy bien las dos. Seiya parecía meditar con rapidez la respuesta mientras trataba de leer en la expresión de ella—. No me interesa la perfección. Creo que estoy en ese veintitrés por ciento.

Rieron.

—Lo cual no deja de resultar irónico —añadió Gahn con una mirada significativa hacia las dos, aunque sobre todo para Inken. Superponiéndose a la velada insinuación, que no llegaría a buen puerto, señalaba su magnífica genética, la quintaesencia del trabajo de su madre.

—Ella, mejor que ninguna otra persona viva —apretó las yemas de los dedos sobre el costado jugoso y cálido de su mujer—, puede rebatir esa preconcepción de mí. —Seiya se había repasado el perfume en los aseos y flotaba alrededor de ella una esencia sublime, embriagadora. Quería cumplir con el protocolo social y marcharse al hotel cuanto antes para dar rienda suelta a la marea hormonal que la enardecía.

Les iba regular, tenían algunos problemas, desgastes inevitables en la pareja después de tanto tiempo de monogamia, pero se habían propuesto solucionarlo, comunicarse con honestidad y reavivar la chispa concupiscente que las había unido. Habían charlado sobre solicitar una licencia de reproducción, pero Seiya tenía escrúpulos. Los comprendía, aunque no pudiese cambiar el medio para ese fin, porque no lograría ingeniar o descubrir un sistema o una técnica que la fuese a dejar embarazada solo con hacer el amor. En ese punto se hallaban, entre el yunque y la maza de la biología y la anatomía.

Unos minutos después, entre las bailarinas que, como ellas, poblaban la pista, la hizo ejecutar un giro y la volvió a atraer a sus brazos. Tenía un cuerpo todavía joven y grácil, deseable, y unos ojos rasgados e inmensos. Ella había querido quedarse un poco más.

—Estás muy guapa. —El pelo de Seiya era de un negro puro como el grafito y tan fino, sedoso e inconsistente que no se sometía con facilidad a moldeados ni fijadores, que parecía producto de un sueño feérico de suavidad y ternura. Experimentó una oleada de calidez con la imagen de sus cabellos entre los muslos.

—No hace falta que lo repitas tanto.

El significado encapsulado de esa frase cercenó súbitamente la sensualidad del momento. Sonrió con un poso de dolor y desasosiego en su interior. Había cometido muchos errores en los últimos años. Se abrazaron para continuar moviéndose despacio al son de la melodía aterciopelada de las flautas ney. Con la intimidad del contacto regresó la calidez, pero más reconfortante y reparadora que lasciva y orgánica.

Tiempo atrás se lo había recriminado: que no estaba allí para ella, no la veía, que se sentía invisible, insignificante, nada. Y lo angustioso era que tenía razón; cuando se concentraba en el trabajo, barría todo lo demás, la ocultaba detrás de un velo frente al que pasaba un día tras otro, haciendo oídos sordos, sin virar el rumbo, sin percibir la colisión inminente. Pero había ocurrido. Seiya había grabado un mensaje de despedida, había recogido sus enseres y se había marchado sin contar a nadie a dónde, ni familia ni amigas. Aquello había dinamitado los cimientos sobre los que se asentaba toda su estructura como ente racional y sensible. La seguridad se había volatilizado, se había estrellado contra el recio muro de la realidad, de los hechos aplazados, de la desatención, de las decepciones enquistadas largo tiempo. En definitiva, del amor que se había fugado y no tenía el propósito de regresar. La inquietud, la incertidumbre, la sensación de que en cualquier momento podía desaparecer de nuevo la mantenía alerta, vigilante, aprensiva. Sin paz.

—Quiero que me perdone de verdad —musitó en su oído. Secuencias de caras desfilaban frente a sus ojos en su avance por la pista; no las distinguía en realidad.

—Nos hemos perdonado las dos. Ha sido de verdad. No te preocupes. —Le acarició la espalda y sintió una renovada tibieza

que atravesaba sus costados y extremidades hasta llegar a lo más recóndito de su cerebro.

Seiya continuaba con la mejilla apoyada en su hombro. Respiraba despacio, serena, y sus pechos pequeños se rozaban con el torso de ella.

—¿Qué opinas? Creo que he cumplido con la actividad social... —Se detuvo al oírla reír con ironía. Giró un poco la cara y se topó con la seda de su pelo, buceó y le dio un beso en el cuello. Olía a sándalo—. Podemos desaparecer a la francesa cuando te apetezca, cariño.

—Quizás gustes de seguir debatiendo más sobre temas serios y de vital importancia... O te apetezca explorar las intenciones de Gahn. —Seguía regocijándose; tenía ganas de jugar.

—Sobre lo segundo, solo si a ti también te apetece, cariño. —Entonces Seiya se separó un poco para negar, agitando la cabeza y con la nariz arrugada—. Está bien. —Jugueteó con las ondulaciones de su cabellera—. Sobre mi ejercicio de egotismo profesional y académico, creo que podemos darlo por solventado esta noche. Ahora quiero marcharme al hotel contigo, quitarnos la ropa y... —La interrumpió un cambio en el tono de las conversaciones que flotaban en el ambiente. Por el ángulo visual derecho percibió un movimiento extraño en dirección a la entrada de la sala y centró la vista.

—¿Qué...? —Seiya observó en la misma dirección con una sonrisa desvanecida.

Una comitiva de marcha marcial se abría camino entre las asistentes, atraía la atención, hacía volver la vista y parecía dirigirse exactamente hacia ellas. Por el paso enérgico de la militar que la presidía, la expresión adusta y el uniforme de azul de Prusia con botones dorados y condecoraciones, se trataba de la persona al mando. Avanzaba delante con largas zancadas y tendió la mano al decir:

—Salud. ¿Es usted la doctora Boysen?

Frunció más el ceño y, sin comprobarlo, notó que la inquietud de su mujer la perforaba como una onda cuántica de pensamiento.

—Sí —desconfió y no estrechó la mano que se le ofrecía, sino que encerró entre las suyas la izquierda de Seiya.

—Soy la comandante Carter. —Pegó a su costado el brazo que había estirado—. ¿Podemos hablar en privado un momento?

Detectó la atención de su colega, la doctora Gahn, y esta anduvo unos pasos en la dirección de ella, pero hizo un ademán para disuadirla y se detuvo. No solía ocurrir que miembros del ejército irrumpiesen en una reunión de científicas y médicas, pero no halló motivos para negarse. A menudo se la consultaba o se solicitaba su colaboración. Asintió y se llevó consigo a Seiya, que parecía calibrar a unas y a otras en silencio.

—En privado —exigió Carter, que había llegado acompañada de tres oficiales menores. Interpretó los rangos por los apliques de las guerreras.

En su juventud, tras finalizar los estudios y una fuerte discusión con su madre sobre lo que ella, y solo ella, consideraba mejor para su carrera, había colaborado varios años en una institución gubernamental y se había familiarizado con el ambiente militar, sus protocolos y códigos.

—Soy su representante legal —intervino Seiya en un tono un poco agudo.

Carter accedió con un movimiento silencioso de su roma barbilla.

Se acomodaron en una esquina, bajo un arco con unas columnas de barriga ensanchada y una soslayada expectación.

—Lo habitual —arrancó— es que se comuniquen con mi oficina. —Apretó con firmeza la mano de su compañera.

—Se requiere su presencia de inmediato —dijo Carter a quemarropa.

—¿Quién y por qué motivo? —Movié los ojos para medir el estado de su esposa, taciturna y analítica.

—No se me ha autorizado a proporcionarle datos. —Señaló con un movimiento de mentón a Seiya—. Un helicóptero está preparado para conducirla a Londres. —Clavó su penetrante mirada en ella—. De inmediato.

—¿Cómo? ¿Dónde se solicita y por qué? —persistió, porque conocía bien sus derechos. Se había casado con una abogada en ejercicio, por más que hubiese decidido justo no intervenir en ese momento. No tenía la obligación de obedecer a la primera comandante estirada que se plantase frente a ella.

—No puedo comentarlo con usted. —Miró alrededor en tensión y se ajustó la manga derecha. Hizo un asentimiento a sus acompañantes que no descifró.

Parpadeó con incredulidad y rodeó la cintura de Seiya.

—Debo de estar confundida, porque soy una ciudadana británica de visita de trabajo en un país de la Comunidad de Naciones junto a mi mujer y un número considerable de científicas de todo el mundo... —Extendió el brazo libre para señalar a las asistentes—. Y no son las formas de invitarme a volver.

—No ha cometido ningún acto ilícito —terció Seiya con los ojos bien abiertos y la mandíbula tensa en una línea dura. Por fin, reaccionaba. Se le relajaron un poco los músculos de los hombros al comprobar que, en concreto ella, no la creía capaz de cometer un delito, o quizás sabía, y eso la confortaba incluso más, que, de haber ocurrido, ya se lo habría contado. Se habían prometido que nada más de secretos—. ¿Bajo qué acusación?

—Cariño... —Le palmeó la mano para calmarla. Se había activado como si hubiese llevado un resorte aprisionado en su pecho todo ese rato, pero no podía ceder el dominio de la situación.

—La abogada soy yo, Inken —replicó, enfática, y volvió a centrarse en Carter—. ¿Bajo qué acusación? —repitió con hosquedad.

—No se le imputa ningún acto delictivo.

—En ese caso, buenas noches y que tengan un feliz regreso a Londres —zanjó, tajante.

Carter observó a las dos con una actitud sagaz. Los segundos pasaron cada vez más sofocantes y tensos. La reunión se había diversificado en grupitos que comentaban a distancia y contemplaban la escena con ávida curiosidad. La comitiva y Carter no se despedían de una vez. Esta se aclaró la voz.

—Bajo el mandato de la prerrogativa Burrows está obligada a acompañarme, doctora Boysen.

Inken miró a su mujer, la que acababa de postularse como la experta, para que se lo tradujese a su nivel de comprensión. Seiya se había quedado con los labios entreabiertos y había cambiado en segundos a una expresión de pasmo y después de incertidumbre. Percibió con molestia que le estrujaba los dedos.

—Y si no colabora, estoy autorizada a obligarla por la fuerza —añadió la comandante y miró alrededor con animosidad.

—¿Debo irme, cariño? —le habló de cerca.

—No puedes negarte. Pero localizaré ahora mismo a Allison... —Instintivamente se llevó la mano al enlace.

—¿Tu compañera de Cambridge? —se alarmó.

—Es experta en aplicación de Derecho Constitucional.

—No entiendo nada. —Detectó por el rabillo del ojo el movimiento de la delegación marcial y el modo en que las iban acorralando en un asfixiante círculo de cuerpos.

—Se trata de una ley que existe, se estudia en la carrera, pero nunca ha tenido que emplearse. Viene de tiempo antiguo. —Seiya también observó los cambios de posición, la aproximación, la presión intangible, alada y real, que se cernía sobre las dos.

—Bueno —se dirigió a la comandante—, accedo, me pondré al servicio de esa persona secreta, pero necesito esta noche. Quiero despedirme de mi mujer. Puedo salir en el avión de primera hora de la mañana. No se va a producir un cataclismo mundial de manera inminente. Envíeme las instrucciones...

—Quiso llevársela hacia la derecha, pero se movieron rápido para cerrar la formación y bloquearle el paso. Sacudió la cabeza. Todavía no había comprendido la naturaleza de la situación.

—Inken.

—¿Qué? —Vio su expresión angustiada.

—Debe ser ahora —impuso Carter.

Se alisó las cejas con los dedos y exhaló hondo, entrecebrando los ojos.

—La prerrogativa Burrows declara el estado de excepción y suspende los derechos civiles —explicó Seiya.

—¿Cómo? —Se preguntó si se refería a los suyos.

—La pena por no colaborar es traición. Ve con ellas. —Le acarició la cara—. Localizaré a Allison. Se lo consultaré. Averiguaremos qué ocurre. Conseguiré localizarte. Lo prometo.

Había comenzado a asustarse con la certidumbre de ese secuestro legal y a atisbar la magnitud de lo que desconocía. Nunca en toda su existencia había vivido una situación en la que el sistema la violentase, en que limitase su libertad personal, ni ella ni otras de sus colegas. ¿Qué ocurría?

—No puede compartir esto con nadie o tomaremos medidas —Carter se dirigió a su esposa.

—¿Cómo ha dicho? —Se encaró con esta. Una ira telúrica se apoderó violentamente de todo su organismo—. ¿Qué medidas? No utilice ese tono con mi mujer. No se atreva a amenazarla. Puede que le hayan otorgado autoridad para sujetarme y llevarme a la fuerza delante de mis colegas. —Se estremeció de repugnancia—. Pero los hechos saldrán a la luz pública en los diarios e informativos de primera hora de mañana con la repulsa de toda la profesión médica y científica. Aunque resulta evidente que alguien por encima de usted me necesita en concreto a mí. —Se tocó el pecho con la mano—. Apuesto a que no le agradará que desencadene un escándalo mundial. Además, ante semejante trato no pondré mis conocimientos y experiencia al servicio de quien la haya enviado. Así que deje de intentar intimidarla a ella o a mí. ¿He sido lo bastante clara?

—Debe acompañarme. —Su tono siguió sonando perentorio, pero más neutro, menos rudo e impositivo.